



HISTORIA DE LA IGLESIA.

LIBRO OCTAVO.

*Desde la muerte de Constantino el grande en el año 337,
hasta la de Constanzo en 361.*

1. **L**loraban amargamente los fieles la muerte del grande Constantino; aunque no sabian cuan poderosos eran los motivos que tenian para llorarla. Constanzo hijo muy diferente de padre tan religioso, á quien sucedió al principio solo en Oriente, debia estender con el tiempo su dominio á todo el Imperio, y hacer los mayores esfuerzos para que triunfase la heregia arriana, casi tan impia y mas cruel que el paganismo. Pero antes se dignó el Señor consolar á su Iglesia por medio de dos hijos del primer Emperador, que fue verdadero y sólido Cristiano.

El primero de estos llamado, como su padre, Constantino, que obtuvo el gobierno de la parte mas occidental del Imperio, nada procuró con mayor celo, y con todo su esfuerzo que el enviar á San Atanasio á su Iglesia, y á este fin escribió de su propio

puño cartas muy honoríficas á los Católicos de Alejandría. „El grande Constantino, les dice en una de ellas, pensaba restituir por sí mismo á Atanasio á su Iglesia, si la muerte no se lo hubiera impedido. El objeto que se propuso enviándole á mis dominios no fue otro que el libertarle del encono de sus enemigos, ó por mejor decir del furor de aquellas bestias prontas para devorarle. Yo le he tratado de manera, que manifieste á todo el mundo en cuanta estimacion le tengo, y el aprecio que se merece la venerable persona de un hombre tan Santo. Guárdeosle la Divina providencia y fine vuestro dolor, que yo tambien lo he sufrido (1).” Atanasio atravesó con entera seguridad á vista de un testimonio tan glorioso la vasta estension de los dominios de Constanzo, y fue restablecido en su Silla aclamándole generalmente el pueblo y el clero. Consumíanse los Arrianos de despecho, y aunque no osaban darlo á entender, volvieron á sus ocultas maquinaciones con el nuevo Soberano, y con un resultado tanto mas feliz quanto Constanzo les era ya sin comparacion mas favorable que su padre. No obstante temió contradecir á sus dos hermanos, muy adictos á la sana creencia, y bien instruidos en ella para no abandonar á su mas celoso defensor. No habia llegado aun el espíritu de partido á echar hondas raices, y adquirirse el último grado de fuerza y actividad en el ánimo de este Príncipe, que era naturalmente irresoluto y tímido, y que por otra parte aun no juzgaba que su autoridad estaba bien ase-

(1) *Theodoret. lib. 2. hist. cap. 2.*

gurada, viéndose precisado á sostener una guerra peligrosa contra los Persas.

2. Mas dividida entre sí la familia imperial, si el estado se resintió de los funestos efectos de la discordia, la Religion tuvo mayores motivos para llorar. Constantino jamás habia estado satisfecho con su parte ó herencia, que además de la gran Bretaña, la España y las Galias, comprendia tambien la Rhecía, esto es, las provincias del norte de Italia, con algunas plazas sobre el mar Adriático. El África, objeto de sus deseos, era en particular lo que llamaba su atencion. Creyóse en estado de quitársela á Constante, que no tenia tan buenas tropas como las de la Galia; y con el pretesto de dar socorro á Constanzo contra los Persas, reunió un poderoso ejército, y acometió de repente á la Italia; pero le perdió su confianza. Caminaba desordenadamente y sin precaucion, mas como si anduviera por provincias conquistadas, que por estados enemigos y sin conquistar. Lo que pudo hacer Constante en un ataque tan imprevisto y repentino, fue situar algunas tropas en los desfiladeros de las montañas; y Constantino, que iba delante de su ejército con algunas tropas escogidas, cayó en estas emboscadas. En vano hizo portentos de valor; porque perecieron todos, así el Príncipe como los soldados, y murió Constantino á los veinte y seis años de edad y á los tres de la muerte de su padre, á saber, el año 340.

3. Aunque esta pérdida fue sensible para la Iglesia, á pesar de esto sufrió poco en tanto que vivió

Constante. Partió este para el ejército de su hermano, así que supo su derrota: hizo que las tropas del vencido le prestasen juramento, y se apoderó de todo el Occidente sin encontrar la menor resistencia. Contentóse por fuerza con su primera suerte Constantino, que estaba muy ocupado en sus desavenencias con los Persas, poco inclinado por otra parte á las armas, y mucho mejor para hacer guerra al Clero que á las legiones; y por un esfuerzo que quizás le fue mas costoso, temporizó con los Católicos, á quienes protegía Constante con un celo igual al del jóven y desgraciado Constantino (1). Con todo para que sus súbditos Arrianos no penetrasen sus designios, viéndose rodeado de ellos, y muy rogado para que procediese contra San Atanasio, contestó que no quería decidir por sí en un asunto que ponía en agitación á todo el mundo Cristiano, y en que el Occidente estaba interesado no menos que el Oriente; y que en fin convenia que el Pontífice de Roma conociese y obrase con su autoridad sobre este particular. Esta contestacion no satisfacía á los sectarios; pero por necesidad se mostraron contentos, y aprobaron una proposicion que bien conocian no les era muy ventajosa.

4. Acababan de perder los hereges uno de sus mayores apoyos en Eusebio de Cesaréa, que murió despues de publicar la vida, ó por mejor decir el panegírico del gran Constantino. Hacian justicia todos los partidos indistintamente á las prendas de este

(1) *Socrat. lib. 2. hist. cap. 2.*

Prelado, á su sabiduría, á su elocuencia, y á algunas virtudes que engañaron á muchos escritores Católicos; mas su memoria, segun la estimacion general, solo es recomendable por su talento. A pesar de su disimulo, en muchos lugares de sus escritos se conoce sobrado su inclinacion así á la doctrina como á la persona de Arrio. Respecto á los hechos brillantes de la Religion, bien conocidos para que nadie los altere, los presenta en su historia con una simplicidad, que es suficiente por sí sola para convencer al lector. Pero por lo que toca á su conducta con los Arrianos se mostró, á lo menos por mucho tiempo, cobarde y tímido, queriendo agradar á los Grandes y á sus seductores. No obstante hizo algunas retractaciones que deben templar nuestros juicios, cuando vió acercarse el fin de su carrera, momento tan capaz de inspirar un verdadero arrepentimiento; por lo que no se debe juzgar de esta retractacion, como de la fingida sumision al Concilio de Nicéa, cuando estaba sacrificado á unos amigos imperiosos que dominaban su debilidad.

5. Sucedióle Acacio, que no es otro, segun presume Baronio, que el famoso Sacerdote Arriano, tan acreditado por desgracia con el gran Constantino, y mucho mas aun con su hermana Constanza. Acacio, llamado por sobrenombre el tuerto, del que hablamos ahora, sabia en alto grado hacerse estimar, á pesar de su deforme figura, la que reparaba ventajosamente con su mucha penetracion y habilidad; y sobre todo por su arte incomparable en insinuarse en el és-

piritu de los grandes. Escribió entre otras cosas la vida de Eusebio su antecesor, y dió de él la idea que convenia á los intereses de la secta arriana.

6. Coronó San Alejandro de Constantinopla por este mismo tiempo con una muerte preciosa á los ojos del Señor noventa y ocho años de una santa vida, de los que habia pasado veintitres en el ministerio Episcopal. Mostró antes de su muerte el aprecio singular que hacia de un Eclesiástico de su Clero llamado Pablo; lo que bastó para que su Iglesia honrase la memoria del digno Pastor que lloraba, nombrando á Pablo en su puesto. Tenia ya de sí mismo Macedonio, Diácono de esta Iglesia, á quien veremos pronto adquirirse una fama funesta, toda la buena opinion que es ordinaria en los que se hacen cabezas de partido. Mas por ahora, no creyéndose bastante fuerte, aparentó sumision y se contentó con manio- brar para llegar al grado de Sacerdote.

7. No por esto se aseguró la tranquilidad de Pablo; porque su eleccion se habia hecho estando ausente el Emperador, el cual menos celoso del gobierno del estado que del de la Iglesia, se mostró á su vuelta muy indignado, y contra toda justicia substituyó en su lugar á Eusebio de Nicomedia, haciendo no obstante celebrar un Concilio con este motivo, para proceder aparentemente en debida forma. De tal modo llegó á ser Obispo de la capital este Prelado herege y cortesano, acumulando al escándalo de sus ambiciosas traslaciones el de la opresion é intrusion.

8. El santo Papa Julio ocupaba á la sazón la cá-

tedra de San Pedro por muerte de Silvestre, acaecida en Roma el último dia del año de 335. Diez y ocho dias despues habia sido electo el Presbítero Marcos, Romano de nacimiento, el que vivió en esta suprema dignidad cerca de ocho meses, mientras los cuales, segun se cree, se arregló que el Papa seria consagrado por el Obispo de Ostia, y que este Prelado llevaria para esta ceremonia el palio, ornamento Pontifical, que consiste en una estola antigua, concedida despues á todos los Arzobispos. No vemos que se haya hablado antes del palio hecho de lana blanca en forma de bandas y con cuatro cruces encarnadas. Hacíanle los Subdiáconos de la Iglesia Romana de la lana de dos corderos ofrecidos sobre el altar en el templo de Santa Inés el dia de su fiesta, en tanto que se cantaba el *Agnus Dei*, y luego le llevaban á la Iglesia de San Pedro, en donde le esponian por algun tiempo sobre los cuerpos de los Santos Apóstoles. Cuatro meses estuvo vacante la santa Sede despues de la muerte de San Marcos; y en 5 de Febrero del año de 337 fue elegido Papa Julio, natural de Roma. Presentósele muy pronto la ocasion de mostrar su discernimiento y sus luces para defender á la Iglesia.

9. No se descuidaron los Arrianos un punto en prevenirle contra San Atanasio, viéndose precisados por la política de Constanzo á guardar alguna circunspeccion. Para esto se sirvieron de los llamados Eusebianos, que imitando al ambicioso Eusebio, poseían el arte de evitar los anatemas, ya con equívocos, ya con la formal retractacion de su heregía cuando con-

venia á sus intentos. Un Sacerdote llamado Macario era el gefe de sus delegados, al que habian entregado cartas para el Sumo Pontífice, que contenian acusaciones contra San Atanasio, contra Asclepas de Gaza y contra Marcelo de Ancira. Macario se valió de cuantas astucias y falsedades pudo para mover al Papa á comunicar con Pisto, ordenado por los Arrianos Obispo de Alejandría, y Arriano declarado; del que tambien se servian los partidarios de Eusebio, segun su costumbre, para publicar la doctrina que ellos mismos profesaban con el mayor secreto. No les era difícil dar desde tanta distancia la idea que querian de este herege, puesto que nadie podia contradecirles.

Mas el santo Patriarca de Alejandría, que no tenia menos actividad que sus enemigos, ni menos talento en los negocios, envió por su parte quien defendiese su causa en Roma. Tardaron poco en saberlo los diputados Eusebianos, con admiracion y terror de Macario; el que temblando de verse confundido con tanto oprobio, antes que llegasen los egipcios ortodoxos, salió de Roma, á pesar de estar enfermo, sin precaucion alguna, con la mayor precipitacion y sin disimular de ningun modo ante el Papa que al momento le esperaba á su audiencia. No tuvieron así los agentes de Atanasio dificultad alguna en persuadir al Sumo Pontífice, que Pisto era uno de los mas acérrimos discípulos de Arrio, escomulgado primeramente por su Obispo Alejandro de santa memoria, y despues por el Concilio de Nicéa: hechos que no pudieron desmentir los Eusebianos que quedaban en Roma,

convenciéndoseles tambien de impostura en todos los capítulos de su acusacion en una conferencia á que asistió el Papa. A vista de esto no supieron como salirse de este apuro, ni como ganar tiempo, sino pidiendo un Concilio, en el que compareciese Atanasio con sus acusadores, á lo que condescendió Julio, y tomó sus medidas para el efecto.

10. No se podian fundar sus esperanzas en un Concilio Romano: por lo que Eusebio, político experimentado, acudió á otros medios mucho mas favorables á sus proyectos. Sabiendo por sus emisarios el aspecto que tomaban sus tentativas en Italia, quiso eludir ó mitigar en el Oriente con una condenacion ruidosa de Atanasio, cuanto pudiese hacerse en el Occidente. Presentábase la ocasion favorable, pues acababa de concluirse la magnífica Iglesia de Antioquía, principiada diez años antes por Constantino el grande; y Constanzo deseaba vivamente que la dedicacion se hiciese con la mayor solemnidad. Acudieron con este motivo para complacerle los Obispos de todas las Iglesias vecinas y aun de las provincias remotas. Entre Católicos y Arrianos asistieron noventa y siete; pero por mas que digan algunos escritores modernos, parece que los sectarios vencieron, así por el mayor número como por la proteccion de las potestades, y por el ascendiente de un falso celo sobre la reserva y fria prudencia de los que se titulaban gentes pacíficas. No hubo ninguno que pudiese ú osase defender á Atanasio con entereza. No habia acudido ningun Obispo de Italia ni de todo el resto del Occidente,

nadie de parte del Papa Julio, dice el historiador Sócrates, aunque los cánones vedaban desde entonces, como lo observa el mismo autor, determinar cosa alguna importante ó concerniente á los negocios generales de la Iglesia sin el asenso del Obispo de Roma (1).

El Emperador Constanzo estaba presente, y ya no se dudaba de sus malas disposiciones para con los ortodoxos. Este Príncipe de una mediana capacidad y muy ansioso de fama, tuvo la desgracia tan comun á este género de talentos, de querer adquirirla en las cuestiones de Religion, en tanto que abandonaba el poder soberano á los eunucos del palacio. Le dominaba de todo punto uno de ellos llamado tambien Eusebio, hombre vicioso y frívolo, mas imbuido en todas las máximas de aquel famoso Sacerdote que Constantino habia hecho depositario de su testamento, y al que Constanzo dispensaba una confianza aun mas ciega que su padre. Inficionaban ambos insensiblemente el espíritu del Emperador, y la innumerable multitud de dogmatizantes que llenaban la corte, en que no se respiraba otro que un aire de sofisma y controversia, obscurecieron de todo en todo en el espíritu del Príncipe hasta los primeros principios de la fe. Esta era su situacion quando se presentó en el Concilio de Antioquía, llamado de la Dedicacion, el año quinto de su reinado, 341.

Acusaban todos los Obispos de heregía á los Eusebianos, y fue fácil á estos seducir á un Príncipe que

(1) *Socrat. lib. 2. hist. cap. 3. Sozom. lib. 2. cap. 6.*

solo miraba con horror la palabra heregía y no la doctrina verdaderamente herética. Formaron nuevos símbolos que en la letra nada presentaban de impío, pero de los que no estaba escludido el error ni la impiedad; esto es, que no usaban las espresiones consagradas por el Concilio de Nicéa, ó las únicas que este habia juzgado bastantes para la conservacion de la fe. Suprimieron astutamente la palabra *Consustancial*; y pretestaron que el fin del Concilio de la Dedicacion no era la condenacion del arrianismo, sino la de la doctrina de Sabelio y de Pablo de Samosata, de la que se acusaba á Marcelo de Ancira.

Algunos dicen que este Concilio no dejó de formar buenos cánones de disciplina, recibidos por toda la Iglesia: porque aunque hay otro Concilio de Antioquía mas antiguo y mas venerable que este, á saber, bajo el Pontificado de San Eustacio, con todo á este último atribuyen muchos sabios la disciplina llamada en general del Concilio de Antioquía; pero es mas verosímil que es de muchos diversos Concilios de los que se recogieron los mejores cánones.

En él se hallan muchos de los reglamentos hechos en Nicéa: lo que prueba á lo menos que no es obra de los Arrianos declarados, sino de los Eusebianos mas disimulados y mas sutiles sectarios de aquel error. Escomulgan á los que no observen el decreto de Nicéa sobre el tiempo de la celebracion de la primera Pascua. Védase la traslacion de los Obispos de una Sede á otra, previniendo todos los pretestos con que puede cubrirse la ambicion ó la incons-

tancia para eludir esta ley. La mayor parte de los otros cánones versan sobre el ministerio y el régimen eclesiástico, sobre la estabilidad y residencia, sobre la sumision de los Sacerdotes á su Obispo, y hasta la subordinacion de los coepiscopos, aunque hubiesen recibido la ordenacion episcopal. Pena de deposicion señala el canon quinto contra los cismáticos obstinados, y da el primer ejemplo de lo que se dice implorar en la Iglesia el brazo secular. *Si siguen moviendo disensiones entre los fieles, dice, sean reprimidos como sediciosos por la potestad exterior.*

Condenan con el mayor rigor los cánones cuarto y duodécimo al Obispo depuesto, si continuase en sus funciones ó recurriese al poder imperial para substraerse de la severidad de las leyes eclesiásticas. El grande objeto de los sectarios era este, y lo demás solo les servia de direccion para conseguir mas plausiblemente el fin que se proponian de dar una forma canónica á su maquinacion contra San Atanasio, de quien decian, que era dos veces culpable por haberse quejado á Constantino el grande despues de haber sido depuesto por el Concilio de Tiro, y por haber entrado despues en su Iglesia sin que le restableciese otro Concilio. Aunándose pues cuarenta de los mas intrépidos intrigantes, y logrando preocupar al Emperador, propusieron que se ordenase un nuevo Obispo para Alejandría, en lugar de Atanasio que suponian depuesto legítimamente, é ilegítimamente restablecido.

11. Peligroso era el paso para el Obispo que se

sustituyese á tan grande hombre. Era adorado Atanasio de su pueblo, y nadie que reflexionase podia lisongearse de sucederle con igual honor. Así pues, esta dignidad hizo temblar á un hombre distinguido llamado tambien Eusebio, natural de Edesa, en Mesopotamia, y la rehusó francamente; pero un Capadocio llamado Gregorio menos delicado, la admitió, aunque habia estudiado largo tiempo en Alejandría á vista del santo Patriarca, á quien debia conocer mejor, y del que habia recibido mil testimonios de bondad (1). Ordenáronle pues, partió al momento á tomar posesion, apoyado en la autoridad soberana: y no contento el Emperador con escribir á Egipto, envió con él al eunuco Arsacio, y tropas para darle auxilio. Podia prometerse por otra parte el resultado mas feliz del Prefecto de Egipto, llamado Filagrio, elegido segunda vez, y restituido á su empleo solo por su odio y violencias contra los Católicos.

Reunióse el pueblo, y principió el Prefecto á leer la órden de la corte para colocar á Gregorio en el lugar de Atanasio. Viéronse juntas la consternacion y la sorpresa, y la multitud corrió á las Iglesias para guardarlas de la invasion. No se oían otra cosa que quejas y lamentos, diciendo que esto era obra de las intrigas é impiedades, que no tenian queja alguna, ni descontento contra su Obispo; y que dado que fuese culpable, no era regular darle un sucesor de una manera tan estraña y tan indigna. Ganó ocultamente á los Judíos el Prefecto que temia al innumerable pue-

(1) *Socrat. lib. 2. hist. cap. 10.*